



TEATRO

Jaume Melendres

Caza de gaviotas

Título: «La gaviota»

Estreno: Teatre de l'Institut, 28-III-79.

Autor: Anton Txékhov.

Traducción: Joan Oliver.

Intérpretes: María Vilanova, Pep Munné,

Joan Miralles, Bartomeu Olsina, María

Carme Elies, Joan Romeu, María Jesús

Andany, Rosa Novell, Pep Madern, Andreu

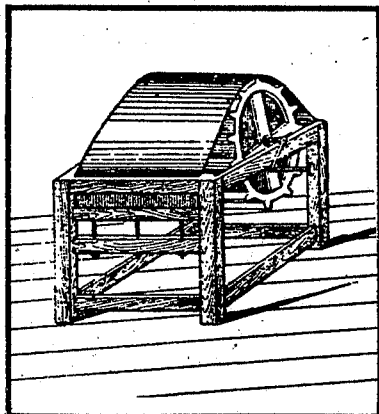
Solsona, Alvar Roda.

Escenografía: Salvador Alarma, con montaje de Iago Pericot.

Figurines: Ramon B. Ivars.

Música: Antoni Sabater.

Dirección: Hermann Bonnin.



«La gaviota»

Sin que nadie lo haya decretado, sin celebrar efemérides alguna, éste es el año Chejov: En el lapso de pocos meses y por azar, Catalunya verá sus mejores obras. Se considera que son cuatro. Aquí tenemos la primera en orden cronológico (1895), y también en orden de dificultad. «La gaviota», en efecto, es la más atrevida de las obras de Chejov, aquélla en que más prescindió de la prudencia que dicta la carpintería teatral. Con «La gaviota», Chejov dibujó su universo, su caos coherente. Lo esbozó enteramente y, luego, con «Tío Vania» (1899), «Tres hermanas» (1901) y «El jardín de los cerezos» (1904), escrita ésta en el año de la muerte, le puso sombras y perfiles más exactos.

«La gaviota», con todo lo que contiene de autobiográfico, sirve para comprender que el mundo de

Chejov no es un artificio literario, sino un grito vital, una experiencia. Suele creerse que los personajes de Chejov mueren por asfixia, pero no es verdad. Mueren de bala, como la gaviota, aunque no haya cazadores, y el taxidermista Chejov es un naturalista. Un escritor naturalista.

Chejov nos dice, en «La gaviota», que su tema favorito es el tiempo: cronos. Y aquí reside la gran dificultad teatral, escénica. ¿Cómo representar al tiempo real que pasa y que no pasa? ¿Lo estático de lo que avanza implacablemente?

Hermann Bonnin ha realizado una puesta en escena de «La gaviota» minuciosa, sin efectos especiales ni efectismos, largamente planeada, musical. Muy por encima de la renta artística per cápita. Pero no ha sabido resolver

el problema del tiempo. Ha confundido esta noción con la de «climax», con los acordes de un violonçelo, con los dientes de un piano. Dícese que Chejov es silencio y pausa, llanto entre líneas.

Pero Chejov era un escritor y el drama lo ponía en las palabras, no en la respiración. Los silencios y las pausas viven en las sílabas. Justamente por eso, el diálogo de Chejov es «ágil», no tiene intersticios. A veces «pasa un ángel», pero entonces alguien lo dice en voz alta. Hay demasiados «ángeles», no acotados por Chejov, en la puesta en escena de Bonnin. Ha añadido a un alimento los ingredientes que éste ya contenía. El drama, o sea, el tiempo, se diluye.

El segundo problema de esta «Gaviota» reside en la interpretación. No quiero decir que los actores sean malos: ningún profesional —salvo, casos aberrantes— es bueno o malo en el vacío, en términos absolutos. Aquí, en «La gaviota» de Bonnin, la mayoría son flojos por necesidad. Por necesidad económica. Bonnin no ha podido contratar a los actores ideales. No son malos, sino inadecuados. Incluso si María Vilanova fuese una buena actriz, jamás podría dar, ahora, el terrible personaje de Arkadina. Su palidez viene del maquillaje; sus colores, del cromo; su empaque, de la sastrería Peris. A Pep Madern le hemos visto buenas

cosas, pero aquí da vueltas y más vueltas alrededor de los cincuenta y cinco años de su doctor Dorn, sin encontrar la puerta principal. El desfase se nota menos en M.^a Jesús Andany porque tiene más oficio, y su personaje es más secundario. Joan Miralles no se cree nada.

Sólo hay tres excepciones: Carme Elies, Rosa Novell y Bartomeu Olsina. Carme Elies, en el papel de gaviota, juega brillantemente pero, por razones ajenas a su voluntad, jamás sabe a quién pasar el balón definitivo. Ataca en solitario. Rosa Novell alcanza momentos magistrales y, en general, domina bien su excesiva tendencia a la tragedia. Olsina pone su concepción del teatro, un tanto anacrónica y del todo entrañable, al servicio de un personaje que hace intensamente, convencionalmente suyo.

Tres excepciones que deberían ser cuatro. Pep Munné, que cumple todos los requisitos, sólo hace «teatro». Sólo le brillan los ojos. Hay que mencionar, finalmente, el magnífico decorado de Salvador Alarma, rescatado de un desván. Un decorado de papel para un texto corpóreo. El gran anacronismo del espectáculo no es el vestuario, cronológicamente ambiguo, sino esta infidelidad conceptual. Esa es la gran, apasionante apuesta de Bonnin, pero le fallan la concepción del tiempo y la edad de los actores.

ca, y el pulso firme —hasta brillante en ocasiones— con que llega con soltura hasta el final la mínima anécdota argumental.

P. F.

«El sexo ataca»

(España 1979). Director: Manuel Summers. Intérpretes: Tip y Coll. Estrenada en Madrid en el cine Lope de Vega.

Película-collage en el estilo que ya Summers empleó en «Juguetes rotos» y en «Urtain...», aunque sin éxito en aquella segunda intentona y con parecidos resultados en esta ocasión. El

argumento parte de la hipótesis de que los españoles no sabemos nada de esto del sexo, y para afianzar la conclusión se incluyen fragmentos de entrevistas a desprevenidos transeúntes en las que se obtienen desde contestaciones de doctor en la materia (pocas), hasta muy singulares interpretaciones (las más). P. ej. «¿Qué es el clítoris?... El nombre de un barco... será» (o algo así). A raíz de semejante conclusión, la película emprende un cursillo de aprendizaje acelerado encomendado a Tip y Coll que consiguen convertir el desconocimiento sobre la materia en el más absurdo y

desmadrado de los conocimientos. Lo lastimoso es que su presencia no está a la altura a la que nos tienen acostumbrados. Mención aparte merecen unos curiosos decorados que pasan de la mayor zafiedad, en ocasiones, a los más delirantes inventos en cartón piedra que imaginarse puedan, en otros momentos.

P. F.

«La clase de Miss McMichael»

(«The class of Miss McMichael», Inglaterra, 1978). Director: Sil-

vio Narizano. Intérpretes: Glenda Jackson, Oliver Reed, Michael Murphy y Rosalind Cash. Estrenada en Madrid en el cine Pompeya.

Inconfundible comedia inglesa con su inevitable estrellita (y por muchos años) Glenda Jackson, y sus no menos inevitables protagonistas juveniles en edad escolar y problemática. Los jovencitos de esta película son los rebeldes escolares despedidos de los venerables colegios ingleses de otros tantos films, mezclados con pillos y delincuentes por herencia familiar directamente sacados del

East-end londinense, todos reunidos en una escuela para inadaptados, primer paso para el reformatorio o la delincuencia en libertad. El argumento trata a estos personajes como simple marco dentro del que se mueve en libertad la Jackson en su papel de bienintencionada profesora, confiada en la humanidad y en la rehabilitación de sus alumnos. Su constante enfrentamiento con un colérico energúmeno, director del colegio, que no podía ser otro que Oliver Reed, constituye el nudo dramático en este escenario tantas veces utilizado.

P. F.